

ORIGINALES Y REVISIONES

La interpretación en la psicoterapia de niños psicóticos

RESUMEN: Se expone el trabajo realizado en la psicoterapia intensiva de un niño psicótico. Se analiza la relación terapéutica mantenida durante 12 años, de los 11 a los 23 años del niño, estudiando sus distintas vicisitudes. La posibilidad de un tratamiento intensivo en los Servicios Públicos es analizada también.
PALABRAS CLAVE: Psicosis infantil, autismo, Psicoterapia.

SUMMARY: Intensive psychotherapeutic work with a psychotic child is set out. The relationship along twelve years, from 11 to 23 years of age, is analysed with all its vicissitudes. The possibility of intensive treatments in a public institution is also analysed.
KEY WORDS: Child psychosis, autism, psychotherapy.

A veces las condiciones de nuestro trabajo nos obligan a tratar niños gravemente enfermos, con medios limitados, que nos exigen una aproximación diferente de la que utilizaríamos si dispusiéramos de dispositivos institucionales o ambulatorios de carácter intensivo. Me propongo describir aquí el trabajo terapéutico y el rol de la interpretación con un chico autista en el curso de una relación terapéutica muy larga, pero conducida «a baja dosis».

Esta relación con J. se desarrolló a razón de una sesión por semana, con la única interrupción de las vacaciones de verano, desde sus 11 años hasta los 23. En el curso de este período hemos conocido tres lugares de consulta diferentes. Ahora que él tiene veinticinco años, nuestra relación prosigue a razón de una sesión por mes.

Cuando conocí a J., tenía entonces 11 años. Un año antes había ido a consulta al domicilio de un eminente psiquiatra, ya jubilado, quien, oyendo a los padres decir que se les había dicho siempre que J. era un niño autista, había respondido: «Lo que él ha sido no lo sé, pero ahora tiene tales ganas de hablar que no se puede decir que sea autista». Así, él les había aconsejado a los padres encontrar para J. a «alguien con mucha paciencia y que pueda comprender sus cosas porque está claro que tiene mucha necesidad de hablar con alguien». Un año después, ellos contactaban conmigo.

Cuando les pedí información sobre el pasado de J., me contaron que siempre había sido un niño muy especial, sensible y huidizo, y que les parecía que como bebé había sido muy tranquilo. Tras largas dudas, habían consultado por primera vez con un psiquiatra de niños cuando tenía 4 años. Fue diagnosticado de «autista» y tratado durante un tiempo con neurolépticos. Un año más tarde, su pediatra sugirió otra consulta psiquiátrica que confirmó el diagnóstico («autismo precoz»). Se les aconsejó una integración en un centro de día para niños autistas (de creación reciente y disponiendo de medios muy precarios).

Los padres decidieron rápidamente retirarlo de ese centro, juzgando insopor- table la presencia de otros niños, muy deficitarios, y le pusieron en clase especial en la única escuela pública, entonces pionera, que proponía una política de inte- gración escolar. Inscribieron en esta misma escuela al hermano menor de J., habiendo hecho sus otros dos hijos, más mayores, toda la escolarización en una escuela privada.

Cuando comencé a trabajar con él, J. estaba en su cuarto año de integración escolar, con compañeros de su edad. Hacía, bajo la presión de sus padres, enormes esfuerzos para mantener, con muchas dificultades, sus resultados escolares. A pesar de esto, los padres prefirieron que yo no contactara con los profesores «por- que sus notas eran bastante buenas» y, por otra parte, «les molestaba» que se les hablara de las particularidades de su hijo.

Pronto pude constatar que su integración no era tal como se me había pre- sentado y que J. no tenía prácticamente verdaderas relaciones con nadie. Él mismo me hablará años más tarde de su sufrimiento y de las bromas cruentas de las que era continuamente víctima por parte de sus compañeros, quienes le encontraban bizarro y pintoresco, y que le llamaban, entre otras cosas, «el marciano». Evidentemente sus padres, y sobre todo su madre, sufrían también cotidianamen- te esta situación.

No he olvidado mi primera entrevista con él. Se podría resumir ciertamente hablando de funcionamiento en proceso primario muy productivo, pero pienso que esto vale la pena describirlo con algunos detalles:

Sus primeros comentarios mostraban que podía aprender de memoria ciertos conocimientos escolares: «Acabo de observar que los cimientos de este edificio han sido construidos sobre un cultivo de cucurbitáceas», fue su primera frase de saludo con el tono de alguien que me conociera desde siempre. La segunda siguió inmediatamente: «Sabes, Alberto, se me ha informado de que te llamas Alberto, se acaba de instaurar la veda (de la pesca) de salmónidos, pero quizás tú no sepas lo que son los ciprínidos». Con una perplejidad fácilmente imaginable, no encontré otras respuestas que invitarle a dibujar esto temas «que tú conoces tan bien».

J. hizo dos dibujos que mostraban que la caza y la pesca le fascinaban (por ra- zones tortuosamente patológicas) y que él era absolutamente incapaz de construir una narración coherente sobre sus dibujos. Acompañó la realización de su primer di- bujo con palabras entrecortadas y más a menudo masculadas en voz casi inaudible. Con una mímica estereotipada y muy complicada, me habló de asesinatos, de cadá- veres enterrados, animales cazados y estripados, pequeños animales aplastados y al- gunos otros horrores, siempre difíciles de oír, pero perceptibles a duras penas.

El segundo dibujo representaba escenas de pesca, sin ningún comentario, e interrumpido antes de acabar. No dibujó más durante largo tiempo.

El resto de la entrevista, él iba a enumerar en un tono retórico, como un loro,

un montón de conocimientos relativos a diversos animales y sus características, en términos zoológicos bastante técnicos.

Mi primera respuesta fue decirle que me había hablado de temas que le interesaban mucho y que le ayudaban a estudiar y a aprender en los libros, pero que le hacían también pensar en cosas que le daban miedo y lástima y de las que sólo podía hablar en voz muy baja. Le propuse también continuar hablando «de la caza y de la pesca que te gusta tanto y también, si esto te tranquiliza, de los pobres animales muertos».

Hay que precisar que mientras yo le hablaba, él miraba «sin escucharme» hacia la ventana y también que no tengo la costumbre de precipitarme con tales proposiciones en la primera entrevista.

Si lo hice, es sin duda pensando en su angustia-terror, que expresó de entrada con sus fantasmas («estamos hablando sobre un cementerio de calabazas aplastadas») y en su necesidad desesperada de evacuar ideas muy agresivas y destructivas («se me ha informado ya sobre tu nombre»).

El resultado de esta proposición de mi parte... más de doce años de diálogo apasionante, ¡que es preciso resumir en algunas páginas!

Tras esa entrevista siguieron largos años de sesiones ocupadas por un juego psicodramático extremadamente estereotipado y repetitivo hasta el agotamiento. Cazadores y pescadores furtivos, sorprendidos por policías, así como ladrones de tesoros protegidos por toda clase de trampas fueron los dos escenarios donde me iba a inmovilizar durante meses y meses. Este juego era a menudo bruscamente interrumpido por ruidos, a veces casi imperceptibles, provenientes del exterior de la sala y que visiblemente le daban miedo, y también por sobresaltos inesperados debidos a razones absolutamente misteriosas para mí.

Estas interrupciones daban lugar a un comportamiento muy ritualizado, letanías masculladas de manera inaudible que, lo he descubierto mucho más tarde, cuando pude llegar a entenderlas/comprenderlas, eran insultos sorprendentes, llenos de neologismos («hueso-aplastador», es decir, aplastador de huesos) y exclamaciones escatológico-blasfematorias («hostia-mierda-dios-caca»!!!) seguidas de declaraciones de inocencia («yo no cometeré nunca más hueso-aplastamientos»), todo acompañado de tics y movimientos estereotipados, y también movimientos de huida con tocamientos misteriosos de muebles y ciertos objetos, y salidas hacia el pasillo para enseguida volver y recomenzar el juego (sin dudar que en este período algunos hubieran podido plantear un diagnóstico de «síndrome de Gilles de la Tourette»).

A veces él iba al baño para actividades enigmáticas hacia las cuales siempre me he mostrado muy respetuoso. Me pudo hablar de ello (¡8-9 años después!), contándome que se trataba de lavamientos de boca y lengua y de abluciones «para serenarse y atemperar sus nervios», o de evacuaciones irreprimitibles de «heces o

emisiones gaseosas pero silenciosas» o, al contrario, de complejas sesiones de escupitajos sobre blancos diversos.

Las interpretaciones eran inútiles durante este período. Repeticiones sin fin parecían indispensables para introducir mínimas variaciones en un juego de roles muy definidos. Como mucho aceptaba, con mucha prudencia, miedo o incluso desconfianza, la introducción de pequeñas «sorpresas» tales como atribuir algunos efectos elementales a los roles de los personajes, del tipo: «él tenía miedo, se debía sentir muy enfadado». Muy lentamente, esto iba a permitir dar una plasticidad un poco más psicodramática, pero era preciso ser muy prudente con las representaciones en primera persona, tales como «yo estoy...» en la medida en que podía revelarse terroríficas para él. Consiguió, no obstante, desempeñar roles ciertamente muy rígidos pero de todas formas diferentes. Claro está, la aceptación de roles ambivalentes, y sobre todo la posibilidad de aceptar la más pequeña proximidad entre él y los sentimientos, aunque muy simples, representados o solamente nombrados, era muy limitada, enlenteciendo enormemente todo trabajo de interiorización.

Es muy difícil matizar la monotonía y la lentitud de los movimientos psíquicos de J., y describir sus enormes dificultades de contacto. Evidentemente, no podía soportar que se le hablara de él, de sus pensamientos y emociones y todavía menos de sus propias sensaciones corporales. En consecuencia, las posibilidades de interpretación, muy restringidas, pasaban obligatoriamente por un trabajo casi «camuflado» con rodeos a través de «personajes interpuestos» y de fragmentaciones en pequeñas dosis, seguidas de reconstrucciones posteriores (por ejemplo, «es el mismo policía asesino quien ahora cura a los ladrones», «entonces era la primera vez que él estaba triste y lloraba», etc.).

Así, con muchas dudas y desesperanza por mi parte, parecía claro para los dos que debíamos continuar viéndonos y que no debía ensayar el imponerle otro ritmo (con más sesiones y más actividad interpretativa), bajo el riesgo de una ruptura inmediata, o de un repliegue masivo. Mi duda esencial era preguntarme si nuestra relación, que exigía un esfuerzo considerable, movilizaba alguna cosa en él.

De tiempo en tiempo, J. dejaba escapar signos que revelaban cierto interés por su parte por nuestra relación. Al principio de su quinto año de tratamiento, cuando mi ausencia había sido más larga que de costumbre, pasó su primera sesión tras las vacaciones de verano garabateando en un papel trazos embrollados. A mi pregunta «¿Qué es eso?», respondió que era el plano de la ciudad donde pasaba sus vacaciones de verano. No viendo más que un ovillo embrollado, le pedí más precisión y me sorprendió explicándome toda una serie de rutas y caminos con referencias muy detalladas: la panadería, el quiosco, la gran plaza, etc. «Con este plano, habría podido encontrar tu casa hace mucho tiempo», le dije. Sonrió, hizo una bola con el papel que guardó en su bolsillo y se fue sin decir nada. Pero cosas más asombrosas estaban por llegar.

El nuevo juego que propuso, también muy repetitivo y muy prolongado en el tiempo, iba a ser: «Yo voy a darte pistas para que tú puedas encontrar un tesoro». Y me escribió notas para ayudarme a encontrar unos juguetes y, más sorprendente todavía, cosas que me pertenecían y que él buscaba en mis cajones o en mis bolsillos para seguidamente esconderlas y ayudarme a encontrarlas en los sitios más inverosímiles (en el W.C., detrás o debajo de algunos muebles), envueltas con objetos suyos, en su pañuelo o en pequeños sacos usados y chupeteados. Lo más importante era el esbozo de un acercamiento entre sus cosas y las mías, sus deyecciones corporales, su cuerpo y el mío.

Bastante rápidamente, ese juego iba a transformarse en «tú me buscas, yo te busco». Se encerraba en un armario y me daba pistas para encontrarle. A veces yo debía hacerlo con las luces apagadas, con los ojos vendados, o hasta «embalsamado» como una momia. Este juego se animó rápidamente al convertirse en el amortajado-encerrado, en un muerto, lleno de gusanos. Y si era mi turno de hacer el muerto, yo debía gritar blasfemias mientras que él, fuera del armario-tumba, rezaba y repetía cantos y letanías «a la gloria de Cristo y de su resurrección». Y así el muerto salía «vivito y coleando». Pero no siempre ya que, a menudo, era «cazado como una perdiz» o «pescado como una anguila» a continuación.

Durante este período, las cosas han ganado en plasticidad. Era a mí a quien él encargaba representar roles mucho más expresivos que antes. Podía ser muy exigente en cuanto a la intensidad con la cual yo debía gritar, mostrarme aterrorizado, montar en cólera, llorar. Él observaba, fascinado, «mis crisis». A veces («es mi turno», «cambiamos», «tú debes hacerlo así»), repetía su propia versión siempre acertada y telegráfica, hasta el límite de estar invadido por un profundo miedo (proveniente del «exterior»), más bien que angustiado («interiormente»). Las posibilidades de interpretación se han aproximado, poco a poco, a aquellas que se pueden hacer en psicodramas con otros niños psicóticos. Se convirtió en evidente para los dos, sin tener mucha necesidad de decirlo, que representábamos sensaciones y emociones, fantasmas y deseos, que le pertenecían.

Ante lo que parecía una gran productividad psicodramática, llevados por el optimismo en cuanto a las posibilidades de movilización psíquica, ensayamos, con dos coterapeutas, un abordaje psicodramático, en tanto que tal, esto fue un fracaso manifiesto pero que iba sin embargo a permitir que J., ignorando a los dos coterapeutas a los cuales daba la espalda, pudiera comenzar a hablarme de su vida cotidiana. Por primera vez, se quejaba de su madre y de la presión que ella ejercía sobre sus actividades escolares, me pedía intervenir sobre sus padres para hacerles comprender que él llevaba mal el enorme esfuerzo intelectual que debía realizar para poder seguir en la escuela. Es necesario, de todas formas, precisar que se trataba de confesiones fragmentarias, enormemente temerosas y tímidas.

Paradójicamente, es «ignorando» a los otros cuando me hizo «solamente a

mí» sus primeras confidencias sobre sus sufrimientos cotidianos reales. Hemos «interpretado» (sería preciso decir «nombrado») sus sentimientos y, sobre todo, sus reacciones y sus afectos, que él inhibía masivamente («pienso que tú debes haber tenido envidia de...»).

De vuelta a la relación terapéutica individual habitual, otra frase iba a comenzar. Como el tiempo pasa, llegó el momento en el que se le llamó para el servicio militar. Aceptó mi proposición de hacerle un certificado médico en el que se mencionaba su pasado infantil y las dificultades de relación de las que seguía sufriendo.

Esto desencadenó efectos inesperados: J. comenzó a asediarme con cuestiones sin fin sobre su pasado, sobre todo acerca de cosas que había hecho conmigo y que parecía haber olvidado completamente.

Fue durante este período cuando pudo comenzar a contarme las pesadas bromas de sus compañeros de clase, su sentimiento de ridículo cuando era humillado y cuando se reían de su tartamudeo o de «mi voz y esta manera de hablar que tengo». Me parece importante matizar que para quejarse de todo esto, hablaba en voz muy alta, empleando un tono de loro, monocorde, interrumpido a veces por llantos muy ruidosos y espectaculares. Años después, era aún muy emocionante y patético oírle lamentarse de su inadecuación cuando intentaba hablar con desconocidos.

En este período también comenzó a preguntarme sobre mi propia infancia. Quería saber sobre todo si yo había sido un mal alumno, si blasfemaba, o si contaba chistes (de contenido sexual o escatológico), y también cuáles eran las relaciones de mis compañeros y de mis profesores. Me preguntaba cien veces acerca de qué castigo habría recibido «si tú hubieras contado un chiste como éste (y me contaba uno, a menudo irreverente y muy conocido, con un tono impúdico o picaresco, con risas atronadoras).

Sus preguntas sobre «mi vida de niño» le permitieron, creo (y las interpretaciones en esa época giraban entorno a esto), construirse una ficción a propósito de lo que él haría si, volviendo a ser niño, pudiera rehacer su vida. Esta especie de «autobiografía», sin duda muy elemental, parecía darle un gran placer y en este momento tuve la impresión de que él comenzaba a manifestar un interés empático en mi presencia. Por primera vez yo tenía la impresión de un diálogo entre dos interlocutores que se sabían mutuamente interesados.

¿Cómo se comportaba durante ese tiempo fuera de las sesiones?

Terminó su escolaridad primaria con grandes dificultades. Ninguna de las proposiciones ajustadas a sus particularidades fueron escuchadas o, en todo caso, desarrolladas. Se intentó hacerle entrar en una escuela de agricultura, en vista de su interés y sus conocimientos en ecología y en zoología, y porque se había convertido en un pescador experimentado y un gran amante de la botánica y la horticultura. Fue sin embargo rechazado porque, habiendo obtenido las calificaciones

más altas en letras (tiene conocimientos tan enciclopédicos como inútiles en política e historia), fracasó en matemáticas.

En consecuencia, comenzó una formación técnica muy alejada de sus intereses, lo que no le impidió desarrollar capacidades asombrosas para el dibujo técnico. Como es muy lento y perfeccionista, se obligaba a terminar sus trabajos en casa, a menudo tarde por la noche, y a pesar de los esfuerzos de sus padres por explicar este hecho, los profesores no llegaron a creer que era él y no sus hermanos quien había realizado los dibujos.

Como no iba tan mal como se previó, se decidió entonces hacerle pasar a otra formación práctica, esta vez en hostelería. Debí nuevamente explicar, sin ningún éxito, que la aproximación «imprevista» de desconocidos era una de sus dificultades insuperables. Él siguió en ello, no obstante, tres años, hasta el día de su primer servicio a los clientes en el restaurante de la escuela. Ese día, tropezó con una sopera llena de sopa hirviendo y se quemó gravemente. Fue solamente entonces cuando alguien decidió que esa elección profesional no era la mejor y que valía más la pena que dejara la escuela.

Hay que remarcar que incluso si le llevó varios meses el contarme ese suceso, lo hizo con un tono solemne, no exento de humor: «No fue tan grave, los clientes salieron indemnes». Pudimos aprovechar esta historia para reír juntos y fue nuestra primera experiencia de ironía compartida.

Ese suceso condujo también a los padres de J. a pensar que era preciso hacerle abandonar los estudios y que nadie mejor que yo para anunciarle tal decisión. Acepté expresando a los padres mi convicción de que ese «fracaso» iba más bien a descargar a J. de enormes esfuerzos de adaptación que había hecho durante años.

Cuando le dije a J. que suponía que estaba aliviado de dejar la escuela, estalló con una alegría que el tono monocorde de sus frases no camuflaba: «No sabes hasta qué punto. No puedo sino repetirte lo que dijo el deán rojo de Canterbury: dímelo, no porque haya menguado mi entendimiento, sino porque se ha agotado mi paciencia».

Impresionado, le pregunté de dónde sacaba aquello. Su respuesta fue todavía más llamativa: «Acabo de leer un libro de Vallejo Nájera... supongo que sabes que es un psiquiatra famoso, y, evitando cruzarse con mi mirada, recientemente muerto». Salió enseguida a los W.C., creo que para lavarse el rostro. A su vuelta, añadió: «intento leer todos sus libros».

No dije nada, tan claro me parecía que él sabía que yo había percibido su tristeza y que había hecho la aproximación entre el psiquiatra del que me hablaba y yo mismo y que al mismo tiempo me callaba.

Actualmente, J. no hace más que aprender lenguas. Habla bastante bien el francés (que comenzó en la escuela de hostelería) y el vasco. Él sabía de antemano que yo hablo esas dos lenguas. Vivimos en una ciudad no demasiado grande y

está al corriente de que yo viví largo tiempo en un país francófono y que el vasco es mi lengua materna.

No tiene ningún otro con quien utilizar esas dos lenguas más que a mí, fuera de sus clases. Continúa echándome interminables letanías políticas, ecológicas o climatológicas, que es preciso escuchar atentamente pues están frecuentemente, a pesar del tono monocorde de su recitar, llenas de pequeñas confidencias más personales (a menudo anunciadas por la elección de un tema que le apasiona, como la pesca).

Aparte de su familia y a mí, no tiene a nadie con quien hablar. No tiene tampoco amigos, excepto algunos pocos acompañantes cuando va de pesca en un pequeño barco, y algunos otros, más regulares y mucho más mayores que él, que pertenecen al mismo grupo de montañeros que frecuenta (uno de los pocos consejos por mi parte que escuchó y realizó).

En los meses transcurridos desde la primera redacción del artículo, pequeñas, pero importantes variaciones han ocurrido.

Nuestros encuentros se han convertido en conversaciones entre dos viejos compañeros. Yo sé, y él sabe que sé, que en sus recitados monótonos y estereotipados, va a deslizar, siempre, algunas noticias sobre sus preocupaciones (jubilación de su padre), sus pánicos (enfermedad de su madre, pero también perder el metro y llegar tarde), sus deseos (tener al menos un amigo, un trabajo), sus éxitos (una ascensión difícil, un pez gordo), sus dificultades (hablar en ciertas situaciones, no saber explicarse rápidamente, ser incapaz de controlar el tono de su voz), sus grandes limitaciones (rehuir de manera muy inadecuada ciertos contactos, sentirse invadido por emociones incontrolables).

Yo no utilizo, a decir verdad, interpretaciones. Pero él está muy atento a mis comentarios. Insiste, discretamente, sobre un tema cuando no he reaccionado al primer intento. Sucede que él me haga críticas, incluso que se enfade conmigo, pero siempre en un estilo barroco y lleno de rodeos. Por ejemplo, tras mi retraso en confirmarle un cambio de cita: «Sé muy bien que un médico está muy ocupado y que se trata de una profesión llena de muy altas responsabilidades, pero tú habrías podido quizás, evidentemente excepto si tienes problemas que ignoro...», etc.).

A veces, hablamos también de los viejos tiempos, es decir, de su tratamiento y de ciertos sucesos que hemos vivido juntos. Un observador podría ciertamente pensar que nuestras conversaciones son repetitivas, monótonas y enojosas. Por otra parte, ese es también mi sentimiento a veces. Sin embargo, J. sigue manteniendo muy fielmente nuestra relación. Desde hace largo tiempo, es él el que propone el ritmo y es cierto que esto es para él uno de los pocos encuentros posibles, quizás el único, donde puede compartir su pasado.

En resumen y en conclusión, J. permanece autista o, en todo caso, muy esquizoide en sus relaciones. Pero también, y sin ninguna duda, bajo su caparazón

defensivo, experimenta muchas cosas, y sigue muy (;demasiado!) sensible al acercamiento de los otros. Sensibilidad y susceptibilidad a flor de piel, «narcisistas», que explican su retirada permanente pero también el mantenimiento de sus investimentos intelectuales y sus aptitudes (siempre ineficaces desde el punto de vista de su integración social y profesional).

Este estado de cosas nos ha hecho interrogarnos sobre el interés de proseguir un tratamiento como este, del que hemos descrito sus características ambulatorias y no intensivas, con este tipo de pacientes muy gravemente enfermos, para los que, además, no disponemos de medios institucionales adecuados.

Los cambios obtenidos, aunque relativos y limitados a un número restringido de pacientes, empujan por una parte a evitar la tentación de una ilusión megalomaniaca de curación pero permiten, por otra parte, salir de un derrotismo que conduce a la pasividad terapéutica, o a posiciones ideológicas particulares sosteniendo la imposibilidad «estructural» de cualquier modificación en la patología autística.

* Alberto Lasa Zulueta, psiquiatra, Centro de Psiquiatría Infanto-Juvenil de Uribe.

Correspondencia: Alberto Lasa. Centro de Psiquiatría Infanto-Juvenil de Uribe. Servicio Vasco de Salud. Algorta (Vizcaya).

** Fecha de recepción: 7-V-1998.